

LOS ULTIMOS INDIOS DEL AMAZONAS

EN Brasil viven aproximadamente doscientos mil indios, de los cuales dos tercios viven en la región amazónica. Antes de la llegada de los portugueses había por lo menos dos millones. Ciento sesenta mil de los que quedan están en contacto permanente con la civilización, «integrados» o en vías de serlo. Los demás forman parte de los cincuenta y dos grupos «aislados», que no conocen al blanco, pero a los que los indigenistas brasileños han podido localizar sobrevolando la «selva», que aún los protege; sus aldeas, compuestas por chozas de paja y de ramas, ocupan los calveros de la selva, sus partes elevadas, no inundables. Un día, unos antes, otros después, todos estos indios serán descubiertos, se establecerá contacto con ellos, y ya no quedará en la selva virgen ningún misterio humano por descubrir.

Una de las últimas tribus descubiertas es la de los kreen-akarore, al Norte del Mato-Grosso. El 4 de febrero, Claudio Villas-Boas (el más célebre, junto con su hermano Orlando, de los indigenistas brasileños) atravesaba en piragua el río Peixoto de Azevedo, depositaba en señal de ofrenda un cuchillo sobre un tronco de árbol y hablaba por vez primera con unos hombres desnudos, pintados de negro, que por ser de estatura algo superior a la del indio medio fueron rápidamente bautizados «indios gigantes». Fueron precisos cinco años para establecer con éxito este primer contacto, para evitar que los kreen-akarore, atemorizados, recurriesen a sus armas. En 1968, los Villas-Boas habían intentado una primera aproximación. En 1971 llevaron a cabo una nueva expedición, pero no establecieron contacto hasta dieciocho meses después. La aproximación a una tribu desconocida es una de las tareas más difíciles encomendadas a la FUNAI (Fundación Nacional del Indio, organismo estatal). Uno de sus especialistas nos explica el porqué:

—En Amazonia no se puede entrar fácilmente en la selva. Es preciso utilizar los ríos, avanzar a veces con el agua hasta el cuello, desafiando a las pirañas. Sólo hay una época en que se puede navegar, la de las crecidas, cuando no queda un solo fruto, un solo pez que llevarse a la boca. Durante seis meses, los indios se alimentan de harina de mandioca. El campamento se instala cerca de la aldea con la que se trata de

entrar en contacto. Está debidamente fortificado contra los posibles ataques y recibe periódicamente suministros a bordo de aviones de la FUNAI. La primera fase es la de los regalos. Se depositan machetes, tijeras y espejos en el interior de pequeñas chozas levantadas en las pistas de caza de los indios o en los lugares a donde acuden en busca de agua. Pero los indios desconfían. A veces transcurren hasta meses antes de que los indios acepten los regalos.

La integración criminal

El jefe de la expedición es lo que en Brasil se llama un «sertanista», un hombre del la selva. No es un etnólogo. «Puede ser inculco —nos dice nuestro interlocutor—, pero se crió en la selva, conoce las reacciones de los indios. Si ve correr indios hacia él, sabe que no hay que huir, sino correr a su encuentro. El «sertanista» es un especialista cada vez más difícil de encontrar».

Una vez establecido el contacto, el «sertanista» prepara lo que se llama un «frente de atracción», vocablo preferido por los indigenistas al de «pacificación». Pues como nos recuerda uno de ellos a propósito de un antiguo crimen, «el indio podría decir que es él quien nos pacifica. El indio no corta en dos a una mujer. No agarra a un niño por los pies. Sólo el blanco hace eso». El indio sigue estando en la edad de la piedra pulimentada. Vive de lo que recoge, de la caza, a la que «duerme» con sus flechas envenenadas con curare; de los peces que asfixia batiendo el agua con ramas. El «sertanista» no se introduce sin remordimiento en esta civilización. ¿No lleva acaso el silvícola una «vida feliz, equilibrada», según ha constatado una vez más Claudio Villas-Boas? ¿Qué le lleva el blanco, en general, aparte de «sus vicios, sus enfermedades, su intolerancia»? Sin embargo, el «sertanista» estima que la «atracción» es un trabajo necesario. Sus razones profundas no se conocen bien en Europa, en donde esa voluntad de «desflorar» al indígena suele considerarse como una manifestación del «imperialismo blanco».

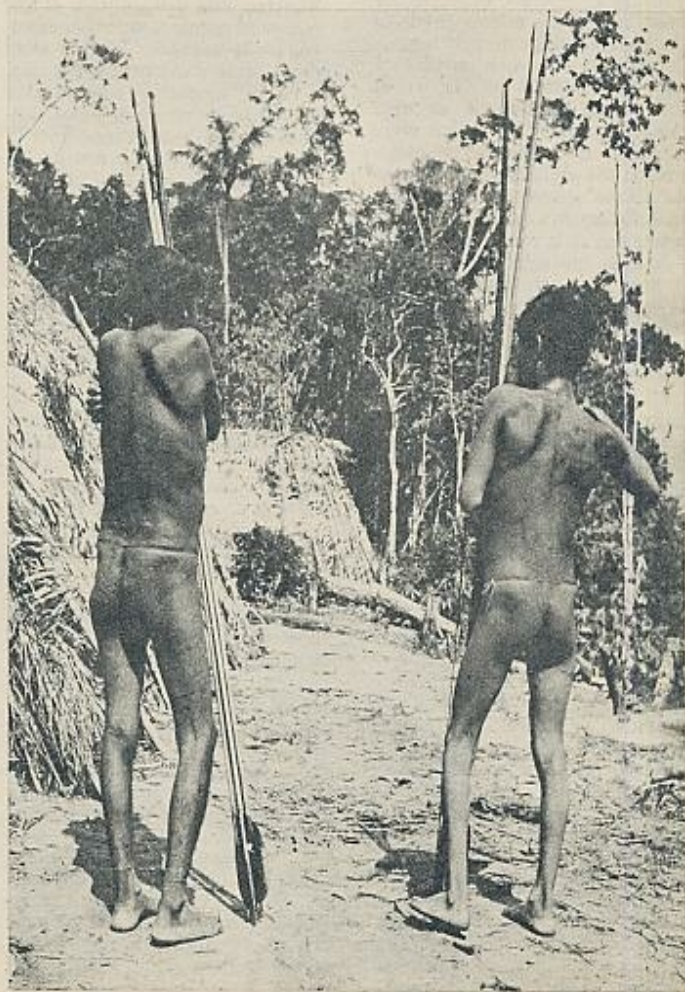
El problema es relativamente simple: Brasil ha decidido hacer que coincidan sus fronteras económicas con sus fronteras políticas y ocupar la Amazonia. Quiere

explotar las riquezas minerales de la selva, crear nuevos pastos, instalar allí a nuevos colonos. Los ejes de colonización son las carreteras, y ya está en vías de realización un programa de más de 10.000 kilómetros: de Norte a Sur, para enlazar Santarem con Cuiaba, y de Este a Oeste, con la Transamazónica, que se terminará seguramente este año, y con la Periférica del Norte, que enlazará el Atlántico con la frontera colombiana. Ante esta avanzada de los «frentes pioneros», los indigenistas han cobrado conciencia del carácter ineludible del contacto entre el indio y el blanco, y de que sólo ellos pueden evitar los posibles choques entre los indígenas y los obreros que trabajan en la construcción de las carreteras.

Por eso la FUNAI instala «frentes de atracción» cincuenta kiló-

metros por delante del primer tractor. Los Villas-Boas han buscado un contacto con los kreen-akarore debido a que la carretera Cuiaba-Santarem debe pasar cerca de su territorio. Se enviará a «sertanistas» como batidores de la Periférica Norte para atraer a los aproximadamente veinte mil indios que viven «aislados» a lo largo de los dos mil kilómetros de su futuro recorrido. Se trata de convencer a las tribus para que no lleven a cabo ataques contra la futura autopista, así como de protegerlos contra las enfermedades, los robos, los crímenes sexuales o los crímenes sin más de los pioneros. En lo que ya divergen los especialistas de la FUNAI es en lo referente al destino de esos indígenas extraídos de su aislamiento. Los Villas-Boas piensan que hay que reagruparlos en parques especiales para am-

Los ejes de colonización son las carreteras.





La aproximación a una tribu desconocida es una de las tareas más difíciles encomendadas a la FUNAI.

CHARLES VANHECKE

pararlos de la civilización blanca: «Integrar, pacificar, culturizar —dicen— son expresiones criminales. Integrar al indio: véase el resultado en el litoral Sur de Sao Paulo. Para vestirse y alimentarse, esos guaraníes practican un artesanado grotesco del que se benefician los turistas».

En el Sur y el Nordeste del país, así como en el Mato-Grosso, han sido integrados treinta mil indios. En efecto, derrotados en las guerras libradas contra ellos durante la construcción del ferrocarril, los indios se han visto marginados: la prostitución, la bebida, las «favelas» han sido sus únicas salidas, su suerte cotidiana. La FUNAI lleva a cabo cerca de esos indios una difícil labor de recuperación.

La salud y la tierra

Pero en el seno de la Fundación predomina la línea «realista». Es la línea defendida por el gran «sertanista» Francisco Meirelles, recientemente fallecido, y que puede resumirse del modo siguiente: los cambios sociales comienzan en el momento mismo en que el indio establece contac-

to con el blanco, es decir, con una técnica superior. Ya sea por curiosidad, ya sea por espíritu de imitación, el indígena quiere la misma hacha, la misma camisa que las del obrero y el enfermero. ¿Se le van a negar, bajo el pretexto de dejarle en su «estado natural», unos útiles que le permitirían fabricar con mayor rapidez sus canoas o mejorar su alimentación? «Sería discriminación». Sin embargo, no conviene hacerles regalos. «El regalo es el medio más seguro de reducirle al estado de mendicidad. Es preciso que trabaje para obtener lo que desea».

Reclutar al indio en esos parques, según esta tesis, es exponerle más tarde a un contacto brutal, inesperado, con la sociedad blanca, cuya expansión se juzga «irreprimible». Por eso es preciso «preparar desde ahora mismo su asimilación de manera científica, planificada». Su lengua, su religión, su artesanado, «deben ser conservados». Los etnólogos suelen criticar ásperamente la labor de las misiones religiosas que comparten, con la FUNAI y bajo su control, el trabajo de asistencia a los indios. «El indígena va a Misa sin entender nada. Lo hace únicamente para agradar al sacer-

dote, que es el que le da medicinas. Antes, para él, tal árbol era tal espíritu. Ahora, con Jesucristo, ya no sabe qué creer».

Pintados para la guerra

Los partidarios de la integración estiman que un indio puede conducir un tractor conservando al mismo tiempo los valores culturales que regían su sociedad. «Nunca han estado tan vivas las religiones africanas en el Brasil, nunca han abundado tanto los centros de sacrificio como hoy, cuando los negros trabajan en las fábricas». Razonamiento precipitado para quienes interpretan generalmente esa permanencia de los ritos fetichistas como una forma de resistencia a la opresión racial y cultural. Pero el mestizaje es una de las características —también uno de los orgullos— de la sociedad brasileña. Decía Francisco Meirelles: «El indio está destinado a convertirse en un componente étnico de nuestra población, al igual que el negro y el japonés».

Inerme frente a las agresiones de la civilización blanca, el indio está considerado por la ley bra-

sileña como un menor confiado a la tutela estatal; el Estado debe garantizarle ante todo «la salud y la tierra». La FUNAI afirma haber erradicado la tuberculosis entre los indios integrados «a un ritmo que no ha sido igualado entre las poblaciones blancas del país». La balanza es menos positiva por lo que respecta a la posesión de la tierra, que en Amazonia es cada día más codiciada por los grandes ganaderos y los «pequeños blancos».

Los territorios donde existe el riesgo de litigio están generalmente constituidos en reservas, de las que existen diecisiete en todo el país. Pero una reserva, si no está marcada, no es más que un trazado sobre un mapa, que los «fazendeiros» a menudo no respetan. Son harto frecuentes las incursiones de los blancos, y las posibilidades de intervención de la FUNAI, siempre tardías, debido a la inmensidad del país y a las dificultades de comunicación. Así, desde hace largos años, los xavantes, una de las tribus más originales del Brasil, se hallan en conflicto casi permanente con los ganaderos instalados en el Nordeste del Mato-Grosso: cada equis tiempo, los periódicos anuncian que esos indios «se han pintado para la guerra» y que va a haber lío.



tren: clima

*En general, los medios de transporte
están sujetos al capricho de las inclemencias meteorológicas.*

Pero el tren es, prácticamente, independiente del clima.

*Porque el viento, la niebla, la lluvia, la nieve o el hielo
no detienen la marcha del tren. Sólo en casos muy excepcionales
se interrumpe una vía ferrea.*

*Así, 1.300 trenes de mercancías llevan su carga a destino
cada día. En cualquier época del año. Con regularidad.*

*Y para usted que viaja en tren,
confortable y protegido, el viento, la niebla, la lluvia, la nieve o
el hielo son sólo adornos del paisaje.*



renfe: una voluntad en marcha.



LOS ULTIMOS INDIOS DEL AMAZONAS

CHUMY-CHUMEZ

Una civilización adormecida

La FUNAI ha instalado 104 puestos indígenas, pero su presupuesto (aproximadamente, 230 millones de pesetas por año) es limitado. Reconoce que se han cometido errores, como la formación militar de los guardas rurales indígenas, que, orgullosos de su fusil y su uniforme, terminaban por oponerse a los jefes tradicionales y destruían la estructura social de las tribus. O el dejar a los jefes de puesto la iniciativa de aplicar sanciones a los «delincuentes» en nombre de la moral blanca.

La Fundación no niega tampoco que se hayan cometido crímenes, sobre todo en las zonas en que operan los cazadores de pieles y los «seringueiros», los explotadores de la hevea, árbol del caucho. Pero rechaza la acusación de genocidios. Consciente de que el indio no resiste ciertos contagios, como la gripe o las enfermedades venéreas, admite la necesidad, en una primera fase, de protegerlo contra la sociedad blanca. Pero su objetivo consiste en liberarlo de la tutela del Estado, de conseguir su integración, que se considera realizada el día en que el indígena se muestre capaz de hablar, leer

y escribir portugués. Pocos han llegado a esa fase.

En resumidas cuentas, la política oficial consiste en hacer del indio un productor, garantizando al mismo tiempo el mantenimiento de su cultura. La Historia ha demostrado ampliamente la existencia de una contradicción en esa política. La mayoría de los «sertanistas», por otro lado, adversarios o no de la integración, admiten que la civilización indígena está condenada a desaparecer un día, y que ese día, el mundo habrá perdido una de sus riquezas. Claudio Villas-Boas hacía recientemente previsiones casi desesperadas en relación con el futuro de la Amazonia. De regreso a Sao Paulo, después de haber abandonado la «atracción» de los kreen-akarore, el célebre indigenista declaraba: «Se talan los árboles de la selva para introducir ganado, pero no es el ganado, sino la agricultura, lo que fija al hombre a la tierra. De aquí a un siglo, Amazonia corre el riesgo de convertirse en un desierto peor que el del Noroeste. ¡Por eso se expulsa a los indios!». Y añadía: «Sería preciso renunciar a los valores materiales para salvar al indio». ¿Quién está dispuesto a tamaño sacrificio? ■ CH. V. («Le Monde». Publicaciones controladas).

¿Se les va a negar a los indios, bajo el pretexto de dejarles en su «estado natural», unos útiles que le permitirán fabricar más rápidamente sus canoas o mejorar su alimentación?

